

Ricardo Viguera

Eratóstenes, Partenio, Antonino Liberal,
Paléfato, Heráclito, Anónimo Vaticano
Mitógrafos griegos



Lecturas clásicas

Paléfato y otros alegoristas

Manuel Sanz Morales (ed.), *Mitógrafos griegos*. Ediciones Akal. Madrid, 2002. [Akal Clásica, 65], 322 pp.

Pocas lecturas más divertidas que la del griego Paléfato y sus semejantes, los racionalistas, que interpretaron los detalles más pintorescos de la mitología griega recurriendo a la alegoría con un sentido común aplastante. La lectura procede del valioso volumen de Manuel Sanz Morales (ed.), *Mitógrafos griegos*, donde podemos encontrar la fragmentaria pero apasionante obra de Paléfato, Heráclito (no confundir con el filósofo clásico) y el llamado *Anónimo Vaticano* (obra de autor

anónimo que debe su nombre a su condición singular de obra única depositada en la Biblioteca Vaticana), opúsculos donde sus autores nos presentaban interpretaciones alegoristas de los mitos. El volumen es completado por la inclusión de las *Metamorfosis* de Antonino Liberal, los *Sufrimientos de amor* de Partenio de Nicea y los *Catasterismos* de Eratóstenes, obras cuyo espíritu nada tiene que ver con el alegorismo, pero cuya presencia en este volumen viene justificada por tratarse de la primera traducción al español de estos mitógrafos menores pero también importantes.

La identidad de Paléfato resulta escurridiza, pero se ha propuesto que fue un griego de Paros que vivió en tiempo de Alejandro Magno y fue discípulo de Aristóteles. Hay una noticia que relaciona a un tal Paléfato con Aristóteles, y en esta noticia hay mención explícita de que escribió una obra sobre relatos increíbles. A esto, además, se une el detalle de que Paléfato parece ser nombre parlante, ya que Aristóteles era aficionado a bautizar a sus discipu-

los con sobrenombres relacionados con sus inquietudes intelectuales. Paléfato vendría a significar "el que habla de cosas antiguas".

Paléfato afirma en la introducción a su opúsculo *Sobre fenómenos increíbles* que muchas de las leyendas de la mitología son patrañas y distorsiones de la realidad. Paléfato presume de haber visitado personalmente los lugares donde transcurrió la acción del mito y haber sostenido conversaciones muy reveladoras con los más ancianos del pueblo. Éstos, aseguraba Paléfato, le contaron las cosas tal como sucedieron, no como fueron embellecidas y recordadas más tarde. Esto conducirá a Paléfato a volver a narrar los mitos después de insistir machaconamente en cada fábula: "Esta es la verdad".

Lo divertido de Paléfato es que sus interpretaciones resultan tan prosaicas y ramplonas que su explicación puede producir verdaderas alharacas de júbilo. Así, Medea no era una bruja que hervía a los ancianos y los rejuvenecía, sino que fue la inventora del baño a vapor tonificante y el tinte para

el pelo (XLIII, *Sobre Medea*); Pandora no fue moldeada con barro ni tampoco la primera mujer, sino una griega muy rica y la primera mujer... que se aplicaba mascarillas de barro para tonificar la piel (*Sobre Pandora*, XXXIV); las amazonas no eran mujeres guerreras, sino guerreros con falda larga que se rasuraban la barba y se ceñían el pelo. La explicación de Paléfato, que no pudo conocer a Margaret Thatcher ni a muchas de nuestras contemporáneas, era: "que la capacidad de guerrear sea propia de mujer no ha sido verosímil nunca ni lo es en modo alguno ahora".

Las explicaciones de Paléfato no dejan sin interpretación detalle alguno, y para todo existe una razón pragmática. Sin embargo, Paléfato no era ateo, pues nunca niega la existencia de los dioses (que da por cierta), sino la implicación de éstos en episodios fantásticos que nada tienen que ver con la gravitas de toda divinidad que se precie. Un ejemplo, en XLVII *Sobre Marsias*, Apolo y Atenea son los mismos dioses de siempre, pero Marsias es degradado de sátiro

a campesino vulgar que halla el célebre *aulós* abandonado por Atenea. Por lo general, las explicaciones de Paléfato son divertidas porque resultan tan improbables y complicadas como la misma trama de la leyenda que pretende explicar. Son invenciones deconstructivistas, que perpetradas por sus epígonos llegaron a rozar el ridículo absoluto. Tal es el caso de la explicación por parte del *Anónimo Vaticano* del mito de Pasifae, la esposa de Minos que, bajo el disfraz de madera de una vaca construido por Dédalo, copuló con un toro y engendró a Asterión, ese ser con cuerpo de hombre y cabeza de toro conocido como el Minotauro. Uno no puede leer el *Anónimo Vaticano* sin encontrar sabroso divertimento en la interpretación del episodio: "Pasifae, enamorada de un joven paisano suyo, convirtió a Dédalo en cómplice y colaborador de su pasión. Como tenía la costumbre de ser precavida antes de llevar algo a cabo, sólo cuando Dédalo le construyó una réplica bellísima y semejante punto por punto a una

vaca viva, acudió ésta acto seguido a casa de éste, con el disfraz de vaca. Allí se unía a su amado, hasta que fue de dominio público. Lo que se cuenta es un mito". Ahora podemos entender qué sucede realmente cuando vemos a una vaca tocar a la puerta de una casa.

Paléfato era un científico, un espíritu crítico respecto a las pinceladas legendarias y populares que enturbiaban la solemnidad de unos dioses a quienes no niega. Un pionero muy valioso del método exegético que, como sabemos, no puede explicarlo todo porque muchas veces ese todo carece de explicación completa. Hay un estufido chocarrero acerca del famoso cetáceo que obligaba a los troyanos a ofrendarle jóvenes que devoraba a cambio de no asolar su ciudad. Paléfato se pregunta con sorna: "¿Quién no sabe que es una insensatez que los hombres establezcan pactos con los peces?" En esto se nota que Paléfato era un hombre de otro tiempo, y no pudo escuchar a George W. Bush cuando declaró (27 de septiembre de

2000): "Creo que los seres humanos y los peces pueden coexistir pacíficamente"

Hoy vivimos también tiempos de crisis en que todo es replanteable, como ya en su día hizo Paléfato. Es más: hoy día todo se palefatea.